



RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

«Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato»

Cada domingo del año –y en determinadas solemnidades litúrgicas–, después de la homilía y puestos todos en pie, proclamamos en voz alta la Profesión de nuestra Fe. Es el Credo de la Iglesia, la fe de la Iglesia, que se formula en dos versiones recogidas por la Tradición: el Símbolo Niceno-constantinopolitano, que quedó fijado tras los Concilios de Nicea (325 d. C.) y Constantinopla (381 d. C.); y el símbolo de los Apóstoles. La repetición memorística de estas verdades de fe puede dar lugar, a veces, a que pronunciemos el Credo de viva voz, pero no con la mente y el corazón. Sucede algo parecido con la oración del padrenuestro. Y lo cierto es que, si nos detuviéramos a meditar y contemplar cada frase que brota de nuestros labios, tendríamos que asirnos a algo firme para que el vértigo de la fe no haga que perdamos el equilibrio. ¡Tan profundas y tan arrolladoras son estas verdades que la Tradición de la Iglesia ha ido transmitiendo de generación en generación!

Una de las afirmaciones más entrañables y, al tiempo, inquietantes es la que encabeza este escrito: «Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato». ¿Nos hemos parado a pensar en alguna ocasión en el tremendo misterio que encierran estas palabras? ¿Nos hemos apercibido de la inmensa fuente de amor y ternura divinos que brotan de esta afirmación, repetida por millones y millones de creyentes en todo el mundo? Dios, por su infinita misericordia, ha enviado a su Hijo Único, «que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; Y POR NUESTRA CAUSA FUE CRUCIFICADO EN TIEMPOS DE PONCIO PILATO». Sí, no hay duda alguna, fue «por nuestra causa». Y resulta que esta entrega redentora no es un dato piadoso, cargado de moralina, situado en un tiempo y lugar míticos, fuera de la historia. No. «Fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato», prefecto de la levantisca y alborotada provincia de Judea. Fue crucificado extramuros de Jerusalén hace dos mil años.

Esta verdad se expresa de forma lapidaria en siete certeras palabras: «*Crucifixus etiam pro nobis sub Pontio Pilato*». Siete palabras que evocan aquellas siete palabras de Cristo en la Cruz; y también los siete dolores de María Santísima. Siete palabras que sugieren la perfección (éste es uno de los significados simbólicos del número siete), es decir, lo totalmente acabado; en latín, «*per-factum*», que quiere decir «plenamente realizado». En el Gólgota, Jesucristo realiza totalmente, a la perfección, lo anunciado la víspera de su Pasión: «Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros; esta es mi sangre derramada por todos» (cf. Lc 22,19-20). Siete es también la suma del cuatro (símbolo de lo terreno, lo humano) y del tres (símbolo de lo divino). En verdad, al tercer día de su muerte y descenso a los infiernos, la Iglesia, extendida por el orbe entero, exulta de alegría con el Pregón Pascual: «¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!... Él ha pagado por nosotros al eterno Padre la deuda de Adán y, derramando su sangre, canceló el recibo del antiguo pecado».

Recuerdo una de las meditaciones del P. Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, que comenzaba con el discurso de Pedro en Pentecostés, aquel discurso atronador que seguramente puso en solfa la fe lánguida y adormecida de sus oyentes: «¡Vosotros matasteis a Jesús de Nazaret! ¡Dios lo resucitó! ¡Convertíos!» (cf. Hch 2,23ss). Los allí presentes quedaron desconcertados. «¿Qué tenemos que ver nosotros con el nazareno? ¿Acaso el procurador romano no se lavó las manos confesando ser inocente de la sangre de aquel Jesús?», dirían para sus adentros unos y otros. Pienso que también nosotros podemos caer en la tentación de no aceptar nuestra parte de culpa en lo que sucedió aquel primer viernes santo de la historia, y que tratemos de buscar como posibles culpables a otras personas. Pero, advierte el P. Cantalamessa, «nos grita la palabra de Dios a nosotros cuando buscamos saber quién ha matado a Jesús: “¡Eres tú! ¡Tú mataste a Jesús de Nazaret! Tú estabas allí aquel día; tú gritaste con la multitud: ¡Fuera, fuera, crucifícalo! ¡Tú estabas con Pedro cuando lo negó; estabas con Judas cuando lo traicionó; estabas con los soldados que lo azotaban; tú añadiste tu espina a su corona, tu salivazo a su rostro!”. Esa convicción pertenece al núcleo más esencial de nuestra fe: “Cristo fue entregado por nuestros pecados” (Rm 4,25)».

La suerte está echada. Lo escrito, escrito está. No hay marcha atrás porque Dios es fiel a su promesa. Él ha cumplido su parte entregando lo más precioso y estimado que tenía: su propio Hijo, «consustancial» al Padre. ¿Qué nos toca a nosotros? ¿Cómo reaccionaremos al confrontar nuestra imagen, desfigurada por la lepra del pecado, con la Faz hermosa y resplandeciente del Resucitado? Caben dos respuestas: la de Judas, que no se soporta a sí mismo y que, invadido por la desesperación, no deja espacio a que penetre la misericordia del Señor en su corazón; y la de Pedro, que llora su pecado, se aflige por sus negaciones, pero se agarra contra viento y

marea al timón de la fe para susurrar al Maestro: «Señor, Tú conoces todo, Tú sabes que te quiero» (Jn 21,17).

Que estas palabras orienten todas las acciones que emprendamos en nuestras Parroquias, Cofradías y Hermandades, movimientos y asociaciones, etc., con el fin de preparar y celebrar dignamente y con fruto los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Todo lo que realicemos, que no sea por amor propio, ni por afán de sobresalir, sino con la mente y el corazón puestos en aquel sucinto Credo que pronunció el pescador de Galilea: «Tú lo sabes todo, Señor, Tú sabes que te queremos».

Que esta reflexión ayude a los miembros de Cofradías y Hermandades y a todos los creyentes a celebrar la Semana Santa como actualización de un misterio sagrado que nos transforma y eleva, renovando nuestra fe en Jesucristo. Contemplemos, admirados y agradecidos, el Rostro del Resucitado, que nos recuerda con estas palabras del obispo Melitón de Sardes en una homilía pascual:

«Yo soy el que ha destruido la muerte,
el que ha triunfado del enemigo,
el que ha arrebatado al hombre a lo más alto de los cielos.
Ea pues, venid todas las razas humanas
sumidas en el pecado.
Recibid el perdón de los pecados.
Pues yo soy vuestro perdón;
yo soy la Pascua de la salvación,
yo el Cordero inmolado por vosotros,
yo vuestro rescate,
yo vuestra vida,
yo vuestra resurrección,
yo vuestra luz,
yo vuestra salvación,
yo vuestro rey.
Yo os mostraré al Padre».

Con mi bendición, un saludo cordial en el Señor Resucitado, luz, vida y esperanza nuestra. Y una oración en sintonía filial con la Madre Dolorosa.



+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante